

se le debe llamar. Yo sigo este último sistema, y me va á las mil maravillas. Mi difunto solia tener mas miedo á los médicos que á las enfermedades. Tambien á mí se me ha pegado algo de su manía. Decia siempre que el cuerpo humano es una caja cerrada y nadie es capaz de adivinar lo que hay dentro de ella. Así es que todas sus dolencias se las curaba él mismo. Y tenia un acierto... Tuvo bastantes alifafes el pobrecillo; pero se los curaba con la mayor facilidad. Verdad es que apenas estuvimos casados, acometiéronle con mucha violencia unas calenturas intermitentes que no le dejaban parar á sol ni á sombra, y le tenian postrado en cama largas temporadas. Perdió el color y se puso tan flaco que daba lástima verle; pero él siempre animoso, sin permitir que se llamase á ningun facultativo. Ya se vé, como conocia que no tenia necesidad alguna de semejante auxilio, poseyendo él la habilidad de curarse por sí solo, iba alargando y pasando dias con las medicinas de su invencion.

—¿Y se curó al fin?

—Se hubiera curado sin duda; pero tuve la desgracia que cuando ya empezaba á notar alguna mejoría, se me murió de buenas á primeras como un pollito. ¡Dios le tenga en su santa gloria!

La pobre anciana tributó una lágrima de ternura á la memoria de su malogrado esposo.

—No hay ahora que afligirse con esos tristes recuerdos. Dios le ha dado á usted un buen hijo para que compense la pérdida del padre.

—Y verdaderamente es su retrato ahí donde usted le vé, señora Inés. Andresillo es tan bueno, tan servicial y amigo de hacer un favor á cualquiera como su padre. Los amos le quieren mucho, particularmente el señorito, que por esta razon nos está colmando de bondades. ¡Dios se lo premie! ¿Ha visto usted en su vida, señora Inés, un caballero mas amante de hacer bien á los pobres que el señorito? Todo su afan es derramar á manos llenas sobre ellos sus beneficios. No tiene mas placer que enjugar el ageno llanto, socorrer al desvalido, y dar hospitalidad al desamparado. Usted lo sabe mejor que nadie, señora Inés ¿no es verdad?

—Así es en efecto—respondió sumamente conmovida la Bruja.—Yo estoy profundamente reconocida á su generoso comportamiento, y no me queda otro medio de pagar sus dádivas y benéfico afan, que rogar á Dios le colme de felicidades.

— Mi hijo y yo nos hallamos en igual caso y dirigimos incesantemente al Altísimo la misma súplica que usted. Este ruego es el ruego de todos, porque todo el mundo sabe que el señorito es un ángel... es un ángel que Dios ha enviado, sin duda, al mundo para consuelo de la humanidad afligida. Todos le dirijen bendiciones, todos se interesan por su bien, porque... ¿verdad, señora Inés? sería preciso tener entrañas de hiena para observar otra conducta. No es posible que haya en la tierra un solo viviente que desee algún daño al señorito. El solo imaginarlo..... el darle el menor disgusto... la mas leve desazon... sería un crimen.

Estas sentidas palabras hicieron muy honda y recia sensacion en el ánimo de la *Bruja*, que se quedó largo rato meditando y triste.

— Se ha quedado usted pensativa — continuó la señora Cipriana.

— Sí, buena mujer — repuso melancólicamente la *Bruja* — estaba reflexionando sobre lo que usted acaba de decir, y me ha llenado de afliccion la sola idea de que pudiera haber quien se gozara en emponzoñar la existencia del señorito don Eduardo.

— No se aflija usted por eso, don Eduardo se vé rodeado de personas que le idolatran. Cuantos le conocen le aman como sus bellas prendas merecen, y para que hubiese quien se holgara en causarle desazones, sería preciso que el mismo demonio favoreciese los infernales designios de algun malvado.

— Es verdad — murmuró la *Bruja*, que apenas podia hablar por la angustia que desgarraba su corazon. — No hablemos de cosas que no pueden suceder — prosiguió reuniendo sus fuerzas para aparentar serenidad. — Don Eduardo será siempre dichoso.

— Y ahora mas.

— ¿ Por qué razon?

— Usted debe saberlo mejor que yo.

— No sé... Si usted no se esplica...

— No se me oculta á mí la confianza que dispensa á usted el señorito.

— Me favorece mas de lo que merezco.

— ¿ Y no le ha dicho á usted nada del proyecto de su señor padre?

— ¿ De qué proyecto?

— Pues si no se habla de otra cosa entre los criados. Parece que estaremos pronto de bodas.

—¿Se casa usted, señora Cipriana? — preguntó la *Bruja* chanceándose para disimular su angustia.

—¿Yo? — exclamó con toda formalidad la pobre vieja — no por cierto... no quiero dar á mi hijo un padrastro. Juré fidelidad al difunto, y no estoy ahora en el caso de quebrantar mi juramento. Maridos como el que yo perdí, no se encuentran al volver de cada esquina. Dios le tenga en su santa gloria. Esto no es decir que no haya hombres en el día que puedan hacer felices á sus mujeres. El señorito, por ejemplo... ¡Oh! la que tenga la dicha de merecerle... Nadie sabe como usted lo que el señorito vale.

— Verdaderamente es muy bueno.

—¿Y es cierto que se casa?

—No creo que sea aun cosa resuelta.

—Dios le ilumine, porque seria una desgracia que no encontrase una esposa digna de él... ¡y las jóvenes del día son tan alegres de cascos!

—Es regular que su padre haga una buena eleccion.

—La tiene hecha ya segun parece; pero se susurra entre los criados que no es muy del gusto del señorito. Esto es un dolor, porque al cabo el señorito es el que debe casarse.

—Todo se arreglará bien.

—¿Lo cree usted? Mucho me alegraria de ello, porque por todos conceptos merece el señorito ser feliz.

—Lo será, señora Cipriana.

—Y si no fuera así seria Dios muy injusto — añadió con gravedad la señora Cipriana. — Confiemos en la divina justicia, y pasemos á otra cosa. Es ya la una, señora Inés.

—¿Y qué?

—La mesa está puesta.

—No me gusta comer antes de las dos.

—Sin embargo, he creido que vendria usted hoy algo desfallecida.

—No siento necesidad.

—Eso es imposible... siquiera un poco de sémola.

—Estoy aguardando al señorito.

—¿Y qué importa? ¿No ha comido usted otras veces delante de él?

—Haga usted lo que guste.

Pocos minutos tardó la servicial anciana en presentar á la *Bruja* el ali-

mento que acababa de ofrecerle. La *Bruja* tuvo que hacer un esfuerzo para tomarle. Quería restablecerse en lo posible para llevar á cima su diabólica empresa. Después de haber complacido á la señora Cipriana, retiróse esta para atender á otros quehaceres.

Sola ya la *Bruja* en su cuarto, exhaló un prolongado quejido, al cual sucedieron mil sollozos de amargura y una esplosion de abundante llanto que vertió sin consuelo por espacio de media hora, con la frente apoyada en sus brazos cruzados sobre la mesa.

Levantó de improviso la cabeza, y después de pasar el pañuelo por todo el rostro bañado de lágrimas, murmuró para sí:

— Soy mujer débil... He rendido un tributo de compasion á mis bienhechores. Era un deber de gratitud... Pues bien, está cumplido ya. No mas indulgencia. Dios me manda ser inexorable... y lo seré... He lacerado ya el corazon de una candorosa niña á quien debo inmensos favores.... Ahora me toca dar cruel tortura á quien me ha dado hospitalidad en este asilo. Y para todo esto es preciso mentir... y mentiré con osadía... porque si nada me arredrará en un momento de prostitucion... nada debe arredrarme ahora. Ha dicho la señora Cipriana que es preciso tener corazon de hiena para dar un leve disgusto al duquecito. ¿Qué sabe esa vieja imbecil?—esclamó riéndose con angustia. — Tendria corazon de hiena solo en el caso de no llevar á cima la obra comenzada. ¡Oh! si Dios no me abandona... no me ha de faltar el valor.

De repente sonó ruido de pisadas. Volvió la *Bruja* el rostro y vió entrar aceleradamente en su habitacion á don Eduardo.

— Gracias á Dios que le veo á usted—dijo la *Bruja*. — Ya empezaba á estar impaciente.

— Y tambien lo estoy yo por saber el resultado de mi carta.

— No lo estará usted mucho—replicó en tono de jovial reconvencion la *Bruja*— cuando tan poca prisa se ha dado en venir á verme.

— Usted me ha dicho que no viniera hasta la una.

— Es mas de la una y media.

— ¿Qué quiere usted? Hasta ahora me ha tenido mi padre en su compañía.

— ¿Y se ha hecho la reconciliacion?

— Sí, amiga mia, mi padre me avergüenza con sus bondades.

—; Con sus bondades! —esclamó la *Bruja* con la sonrisa de la esfinge en sus trémulos lábios.

—Sí señora, mi padre tiene preocupaciones como la mayor parte de los de su categoría, parece á veces orgulloso; pero su fondo es inmejorable. Acaba de ser tan generoso conmigo, que me tiene avergonzado.

—¿Cómo así?

—«Hijo mio, me ha dicho después de estrecharme en sus brazos, somos los dos muy vivos de genio, se nos exalta la bilis con sobrada facilidad, y es preciso que nos corriamos de este grave defecto. Yo, como padre, estoy en la obligacion de darte ejemplo de prudencia. Olvidemos cuanto ha pasado hace poco. Confieso que me he encolerizado en demasia, y en un arrebató de calor, he pronunciado una palabra horrible que no ha salido de mi corazón. No, hijo mio, yo no puedo maldecirte, porque no tengo en este mundo mas afán que verte dichoso, y si necesario fuese daria mi vida para conseguirlo.» Después de pronunciar estas palabras con profunda emocion, ha prorumpido en llanto..... Yo he llorado tambien..... como ahora..... — El duquecito apenas podia hablar, y entre sollozos añadió: — como ahora..... como siempre que me acuerdo de los sinsabores que ocasiono al mas amoroso de los padres.

¡ Cosa estraña ! él lloro de don Eduardo no conmovió esta vez á la *Bruja*. Parecia que esta misteriosa mujer, que se habia propuesto lacerar dos almas tan bellas como la de Enriqueta y su digno amante, daba comienzo á su inexorable crueldad mostrando un corazón de bronce. Alegrábase, con todo, de que padre é hijo se hubieran reconciliado; pero temiendo que el duque de la Azucena hubiese accedido á los deseos de don Eduardo, preguntóle sobresaltada:

—¿ Y aprueba el duque el amor que profesa usted á la señorita Enriqueta?

— Menos que nunca; pero me ha repetido de un modo cariñoso los inconvenientes que se oponen al enlace que yo apetezco, y los infortunios que deberán ser sus inmediatas consecuencias.

—¿ Y qué ha respondido usted?

— No lo sé, Inés. Yo no acertaba á hablar.... y sin embargo conocia que mi padre está en un gravísimo error. Se obstina en sospechar de la honradez del pintor y de su hija.....

— Es natural... tiene mas esperiencia que usted... Conocé mejor el mundo.

- ¿Conserva usted aun las mismas sospechas?
- ¡Sospechas!.... Desgraciadamente no son ya sospechas.
- ¡Dios mio! ¿Ha visto usted á Enriqueta?
- He hablado largamente con ella.
- Y qué ¿me trae usted su contestacion á mi carta?
- Deseos tenia de romperla.
- ¿Por qué razon?
- Porque es una ofensa demasiado grave para usted..... es un desprecio ridiculo..... un grosero alarde de orgullo.
- ¡Orgullo en aquella cándida jóven! — repuso atónito don Eduardo.
- Lo que usted oye. Por orgullo le fingió á usted amor; pero su amor verdadero era á la brillante posicion social que la halagaba si hubiera alcanzado ser esposa de usted. Ahora han conocido, tanto ella como su codicioso padre, que el descabellado casamiento que ambicionaban no es posible que llegue á realizarse. Creen que una vez descubiertas y frustradas sus miras de enaltecerse por tan vil medio, van á ser el blanco de la maledicencia, y para evitar los sarcasmos con que temen ser por todas partes zaheridos, toman la iniciativa en este asunto, sin mas objeto que el de poder decir: «Todo un señor duque trataba de emparentar con nosotros, y le hemos despreciado.»
- ¡Es posible! — exclamó don Eduardo asombrado de cuanto oia. — Venga, venga esa carta — añadió con impaciencia.
- Es usted objeto de un grosero insulto.
- No importa..... ¡la carta!
- Ahí está.

La *Bruja* entregó á don Eduardo la carta de Enriqueta, y le contemplaba con aquella complacencia propia de una fiera que desgarrar las entrañas de su víctima, mientras el desgraciado jóven, pálido y convulso, murmuraba los renglones del fatal papel, concebidos de este modo:

«SEÑOR DON EDUARDO: AUN CUANDO SU PADRE DE USTED CONSINTIERA EN NUESTRO CASAMIENTO, GUÁRDESE USTED MUY BIEN DE VOLVER Á PISAR ESTE HUMILDE RECINTO. MIS PADRES NO APROBARÁN NUNCA NUESTRO ENLACE, Y MUCHO MENOS YO, QUE SOLO SIENTO POR USTED EL MAS SOBERANO DESPRECIO.»

Es imposible describir el efecto que hizo en don Eduardo esta brusca cuanto inesperada manifestacion. Parecia natural que después de semejante lectura se desahogára el enamorado jóven con gritos de ira, con ademanes de

venganza y otras manifestaciones hijas del amor propio tan insolentemente ultrajado; pero lejos de agitarse en violentas demostraciones, cruzó los brazos sobre su pecho, y dejando caer hácia ellos su pálido rostro, á la manera que dobla su tallo una flor marchita, quedóse como abismado en dolorosas meditaciones, cuya mortal angustia se revelaba por la siniestra sonrisa que contraia los cárdenos lábios del infortunado jóven.

— ¡ Otro desengaño! — exclamó meciendo la cabeza. — ¿ De quién podré fiarme en este mundo despúes de lo que me está pasando?

El duquecito fijó de nuevo sus ojos en la malhadada carta, y quedóse como petrificado.

— ¿ En qué piensa usted? — le preguntó afectuosamente la *Bruja*.

— En que soy muy infeliz — respondió enjugándose una lágrima el duquecito.

— ¡ Infeliz..... pudiendo ser el mas dichoso del mundo!

— ¡ Ay Inés! No hay dichas para mí.

— ¿ Por qué no?

— Porque esta carta ha desvanecido todas mis ilusiones.

— Esa carta debe inaugurar la felicidad de usted.

— ¿ Cómo es dable que inaugure mi felicidad si ha destrozado mi corazón?

— Reflexione usted bien acerca de su contenido.

— Su contenido me hace ver que no hay virtudes en la tierra.... todo es hipocresía, todo es perversidad. ¿ Pero es posible que Enriqueta haya escrito estos renglones? Ella, tan candorosa y amable..... ella, cuyos tiernos años se han deslizado en el retiro doméstico, sin mas relaciones que las de su bondadosa madre, sin oír mas consejos que los de un padre amoroso y tan discreto como honrado..... ella que me amaba con la sinceridad de una inocente niña, con el fuego del primer amor..... ella, cuyas virginales palabras, impregnadas siempre de amor y de dulzura, no destellaban mas que la santa verdad.... ella tan pura, tan encantadora, tan adorable por todos conceptos, ¿ puede haber sido capaz de escribir esta insolente carta?

— Yo se la he visto escribir, don Eduardo.

— Parece mentira. Si la hubiera recibido por otro conducto, si no fuera usted, Inés, la que me asegura habérsela visto escribir, diria que todo es una falsedad, una trama horrible para destruir mis bellas esperanzas.

— ¿Y en qué fundaría usted semejante sospecha?

— En que este escrito destella rencor por todas sus líneas, y Enriqueta es una tierna paloma sin hiel; incapaz de aborrecer á nadie en el mundo. ¿Y cómo quiere usted que su alma de ángel sea rencorosa? ¿Cómo quiere usted que se goce en hacer alarde de pagar ahora con desprecio, una pasión inmaculada que antes habia acogido con ternura? Esta inicua veleidad, podrá ser propia de una dama avezada en la corte á intrigas amorosas de índole bastarda, podrá ser muy natural en una mujer caprichosa, en una coqueta consumada, pero en una inocente criatura avasallada por las emociones de su primer amor, no cabe tan horrenda perfidia. ¿Y á quién dirige esta carta? A un hombre que en nada la ha ofendido, que la ha jurado amor eterno, que la adora como sus encantos y sus virtudes merecen, que no tiene otra ambicion en el mundo que obtener su cariño, y llevarla á los altares para que la misma Divinidad bendiga tan acendrado amor. ¿Y en qué ocasion dirige á su amante estos crueles renglones? Cuando mas enamorado que nunca le pide una sola palabra de consuelo. Esto no se concibe; Inés. Tan negra ingratitud no cabe en una niña inocente.

— Hay mucha poesía, don Eduardo, en las reflexiones que usted hace. Si a señorita Enriqueta fuera un ángel, como usted supone, no hubiera escrito á buen seguro una carta que la hace poquisimo favor. No es extraño que su juventud y hermosura unidas á otras prendas aparentes, lograran fascinar á usted. A mí tambien me engañaron á pesar de la esperiencia que desgraciadamente tengo, y del continuo estudio que, como usted sabe, he hecho del corazon humano. Yo creia tambien que la señorita Enriqueta era un ángel... Mil veces le he ponderado á usted sus generosos sentimientos; pero tambien sabe usted que de algunos dias á esta parte sospechaba de la sinceridad de sus virtudes. Hace tiempo que conocia en ella un gran defecto, y aun me parece que hemos hablado algunas veces de él. Habia notado que era muy ambiciosa, que se avergonzaba de haber nacido pobre, y tenia á mengua el ser hija de un pintor. Este defecto ha sido siempre tan visible en ella, que conociendo le era imposible ocultarle, confesábale de una manera magistral. Es preciso, amigo mio, conceder á la astuta niña un talento precoz, y es verdaderamente una lástima que no sepa emplearle mas en provecho suyo. «Yo soy ambiciosa, es verdad, me ha dicho mil veces; pero si deseo ocupar en la sociedad una posicion brillante, es para favorecer á los desva-

lidos. Quisiera ser muy rica para que no hubiese pobres en mi derredor! ¡Me sería tan dulce derramar el oro entre las familias necesitadas!...» Al oírla hablar de este modo, no solo le perdonaba yo el único defecto que veía en ella, sino que de la manera que sabía explicar su ambición, parecíame que era una virtud. He dicho que de algunos días á esta parte desconfiaba yo de su sinceridad. Usted lo sabe, don Eduardo, hace algún tiempo que me tenía inquieta esta incertidumbre; pero por fin, se ha cansado la niña de fingir, y en esa carta que tiene usted en la mano ha aparecido tal cual es.

— *¿En qué te he ofendido, cruel, para menospreciarme así? ¿Qué causa puede haberme hecho aborrecible á tus ojos?*

— La causa bien la sé yo.

— ¿Y es?

— El no haberle amado á usted nunca.

— ¿Lo cree usted así, Inés?

— Estoy convencidísima de ello.

— ¡Y yo la amaba tan sinceramente!

— Nada hay perdido en eso, señorito. Usted amaba á Enriqueta porque le parecía á usted digna de ser amada; ¿no es verdad?

— Me parecía un modelo de perfecciones.

— Pues ya vé usted que no hay nada de eso.

— ¡Es tan bella!... ¡Tan encantadora!

— La belleza física está espuesta á mil azares, señorito; no es esa la que á usted le conviene.

— Enriqueta es tan amable!

— Buena prueba tiene usted de ello en esa carta. « SIENTO POR USTED EL MAS SOBERANO DESPRECIO. » No hay duda que la frase es un destello de dulzura y cortesania.

— Aquí hay algún enigma que no comprendemos, Inés.

— Pues no será porque la niña no hable con claridad.

— Parece que halla usted un placer en hacer mofa de mi situación.

— Su situación de usted es ahora mas ventajosa que nunca.

— Es tan insufrible, Inés, que no sé yo si tendré valor para arrostrarla.

El duquecito pronunció estas palabras con cierta angustia que revelaron la idea del suicidio, idea fatal que hervía en la fantasía del infortunado joven cada vez que alguna desgracia perturbaba su sosiego.

—Don Eduardo—esclamó la *Bruja* en tono solemne—no es esta la primera vez que noto en las expresiones de usted amagos de una intencion criminal.

—¡Soy tan desdichado!

—¡Desdichado el heredero de inmensas riquezas y blasones!

—Con todas esas grandezas no soy mas que un miserable..... un ente á quien todos desprecian.

—Si la señorita Enriqueta hace gala de su insolente desprecio, es porque ha visto desvanecidas sus esperanzas desde que su padre de usted se opuso á que usted la enamorase. Ha creido que evitaba de este modo el ser ella la despreciada. Este es todo el enigma que hay en el asunto. De todos modos, Enriqueta resulta muy culpable y debe usted olvidarla para siempre.

—Para olvidarla es preciso morir... No me queda otro recurso para poner término á mis males.

—¡Don Eduardo!

—La vida me es insoportable..... Cada momento me abruma un nuevo pesar.

—Dice usted bien—esclamó la *Bruja* con amarga ironía.—Con un pistoletazo se curan todas las desgracias...

—¿Me lo aconseja usted, señora?

—¡Pues no!—repuso la *Bruja* con la sardónica sonrisa del despecho.—Un pistoletazo, y se acaba de padecer. ¿Qué le importa á usted luego que su nombre quede en el mundo lleno de oprobio con el sello de la infamia y de la cobardía? ¿Qué le importa á usted que diga la posteridad «el heredero de los duques de la Azucena, se ha hecho saltar la tapa de los sesos, porque despreció sus amores la hija de un pobre artista?» ¿Qué le importa á usted que el mismo pintor y su hija, se rian de una locura de usted que no dejará de darles celebridad é importancia? Y sobre todo, ¿qué le importa á usted que su padre quede solo en el mundo, sufriendo las consecuencias de la cobardía de su hijo, llorando incesantemente sin consuelo de nadie?

—Es verdad—repuso avergonzado el duquecito—mi muerte llenaria de amargura á mi pobre padre.

—¿Y qué vale eso?—añadió la *Bruja* sonriéndose de una manera horrosa.—Seria la última desazon. ¡Tantas le proporciona usted todos los dias!

— ¡Yo!

— ¿Querrá usted negarlo?

— No hay hijo alguno que ame á su padre con mas ternura.

— Se conoce — replicó la *Bruja* con insolencia.

— ¿Tendrá usted la audacia de creer que no amo á mi padre?

— Un padre amado de sus hijos no les maldice nunca. Usted ha provocado hoy mismo la maldicion de su padre á fuerza de acarrearle disgustos.... No se detenga usted... añada usted el último...

— Por piedad, señora, no me atormente usted mas.

Ruborizado el duquecito por la severidad con que la *Bruja* acababa de reconvenirle, se dejó caer en una silla y ocultó su rostro entre las manos.

Observando la *Bruja* que don Eduardo lloraba amargamente, aproximó una silla y sentándose á su lado le dijo con amabilidad:

— Es usted muy niño, don Eduardo.

— Déjeme usted por Dios — balbuceó el afligido jóven.

— ¿Ya no quiere usted hacer caso de mis consejos?

— No parece sino que sea usted mi mayor enemiga.... siempre exacerbando mis pesares.

— ¿Pues qué quisiera usted?

— Nada, señora.

— ¿Desearia usted que aprobase esa horrible idea del suicidio? ¿No se avergüenza usted de haber concebido tan espantoso crimen? ¿Seria esto dar una prueba de amor á su padre?

— Tiene usted razon; debo vivir para cuidar de su vejez.

— Y para granjearse su cariño dándole gusto en todo. ¿Está usted dispuesto á ello, don Eduardo?

— Sí señora.

— No olvide usted que solo así cumple como buen hijo, como hombre de bien.

— Es verdad.

— Además, su locura de usted era tanto mas reprehensible, cuanto que nunca ha tenido usted tantos motivos como hoy para estar contento. Un desengaño á tiempo suele producir muy buenas consecuencias, y espero que sabrá usted vencer ese loco amor que le martiriza.

— No me conoce usted, Inés.

—Tal vez mas de lo que usted se figura. Es usted un jóven de talento y un buen hijo.

—Si yo tuviera talento no se me hubiera engañado tan alevosamente.

—Eso no es falta de talento, sino sobra de bondad de corazon. Como usted es incapaz de faltar á sus promesas y juramentos, cree que todos proceden de igual buena fé; pero repito que un desengaño á tiempo sirve al hombre de saludable leccion. Yo me prometo que sabrá usted aprovechar la que acaba de recibir, no solo en beneficio propio, sino en provecho tambien de su padre de usted.

—¿De mi padre?

—¡Pues no! ¿Qué desea su padre de usted? Que haga un casamiento brillante, digno de su elevada alcurnia. ¿Por qué no le dá usted gusto?

—Porque no amo á la mujer que él me propone, ni ella me tiene el menor afecto.

—Eso no importa, pues así como los que ponderan mucho su amor, como Enriqueta por ejemplo, suelen guiarse por miras de egoismo, háy almas enamoradas que aparentan una tranquilidad que no sienten.

—Mi padre quisiera casarme con la hija de la marquesa de Verde-Rama, que aunque es jóven, hermosa y de relevantes prendas, de ningun modo puede amarme.

—¿Por qué?

—Porque su corazon ha elegido otro dueño.

—¿De cuándo acá?

—De pocos dias á esta parte..... mientras su madre y mi padre arreglaban nuestras bodas.

—¿Y no sabe usted qué significa esa imprudente conducta de la marquesita?

—Significa que, amando á otro, de ningun modo pudiera aceptar voluntariamente mi mano.

—Podiera tambien tener otra significacion.

—¿Como por ejemplo?

—Como por ejemplo, fingir que ama á otro para vengarse del desamor de usted.

—Eso dice mi padre; pero no es probable que así sea.

—Se conoce que tiene usted poca esperiencia del mundo. Yo estoy cier-

ta de que si usted intentase una reconciliacion con la marquesita, venceria sin dificultad.

— Es imposible.

— ¿Por qué razon?

— Porque no la amo.

— La amará usted mas adelante. Crea usted, señorito, que no siempre surge la felicidad de un amor ardiente y frenético. Además, algo debe usted hacer para corresponder dignamente á los generosos sentimientos de su padre.

— Es verdad; pero él me ha repetido hoy que no exige de mí un sacrificio, sino un razonable esfuerzo.

— Pues bien, haga usted el esfuerzo de reconciliarse con la marquesita.

— Eso seria un sacrificio..... un sacrificio que originaria deplorables consecuencias.

— Tal vez no.

— ¡Oh! sí, sí, señora Inés. Yo no amaré nunca á la marquesita, y si lo contrario dijese ante los altares de la Divinidad, serian sacrilegas mis palabras, horribles destellos del engaño y la perfidia.

— Pero el corazon de usted está ahora libre, y si la marquesita no es tan culpable como las apariencias indican, no le seria á usted difícil inclinarle...

— No prosiga usted, Inés. ¡Libre mi corazon! ¡ay!..... no sabe usted lo que es amor.

— ¡Que no sé lo que es amor! — exclamó la *Bruja* soltando una carcaxa llena de hiel.— Es verdad... yo no he tenido nunca amores... ¿Quién habia de enamorarse de una asquerosa mutilada? Pero me parece que no puede haber verdadero amor cuando se toleran agravios.

— Por esa razon no puedo amar á la marquesita.

— El agravio de la marquesita es probablemente una ficcion de los celos. El agravio audaz, el imperdonable, el que reclama venganza... está ahí...

La *Bruja* pronunció estas dos palabras señalando el papel que aun tenia en la mano el duquecito.

— Aquí... es verdad...

Don Eduardo repitió la lectura de la funesta carta en alta voz, aunque temblorosa y entrecortada. La *Bruja*, colocada á su lado con la azorada vista fija en los mismos renglones, pronunciaba con provocadora ironía todas las

palabras que el dolor no le permitia al duquecito articular con prontitud. Llegaron á la frase que decia: «SIENTO POR USTED EL MAS SOBERANO DESPRE-
CIO» y la *Bruja* la repitió riéndose de una manera insolente.

— ¡A Dios! — exclamó el duquecito temblando de cólera y de vergüenza.

— ¿Se vá usted?

— Sí, Inés.

— ¿Sin confiarme sus designios?

— Mis designios...

— ¿No puedo saber yo cuáles son?

— Vengarme.

— ¿Vengarse?

— Si señora, vengarme.

— Es muy justo; pero...

— ¿Aprueba usted que me venga?

— Segun como sea.

— Como corresponde á mi honor ofendido.

— Por ejemplo...

— Casándome.

— ¿Con la marquesita?

— Si ella no tiene inconveniente.

— ¡Oh! no le tendrá.

— Voy á ponerme á la disposicion de mi padre.

— Eso debe usted hacer... darle gusto en todo... en una palabra: casarse con la marquesita de Verde-Rama.

— ¿Me lo aconseja usted?

— Es el único medio de que sea usted feliz. Obtiene usted tres triunfos sublimes, precursores á no dudarlos de su dichoso porvenir.

— ¡Tres triunfos!...

— Vence usted al amor de la marquesita, á la generosidad del duque, y al desprecio y avilantez de una jóven tan insolente como villana.

— ¡Verdad!... ¡verdad!... — murmuraba como fuera de sí don Eduardo.

— ¡Es tan grato obedecer á la voluntad de un padre! — pronunció con ternura la taimada Inés.

— Sí, mi padre quedará contento... y yo... yo tambien... porque me habré vengado.

—Y una venganza tan noble, no podrá menos de producir felices consecuencias.

—Y si no, Inés... tengo aquel remedio para dar fin á mis males —dijo en baja voz el misero jóven, sonriéndose cual si se le hubiera trastornado el juicio.

—¡Dios mio! —repuso Inés llena de sobresalto á la idea de suicidio que las misteriosas palabras de don Eduardo revelaban.

—Sí... iré á abrazar á mi madre... á mi madre que es un ángel... y está al lado de Dios.

La *Bruja* se estremeció y dejó caer el rostro sobre la palma de su única mano. Un momento después quiso replicar á don Eduardo. Alzó la vista.... ¡don Eduardo no estaba allí!





CAPITULO XX.

LOS PREPARATIVOS.

No mas amor que las hembras
Todas son unas y engañan.
CIENFUEGOS.

Les amants sont toujours de légère croyance:
S'ils pouvaient conserver un rayon de prudence,
(Je demande un grand point, la prudence en amours!)
Ils seraient aux rapports insensibles et sourds.
LA FONTAINE.

El mes de abril tocaba á su término , y durante su curso habian variado enteramente de giro las tristes aventuras de los enamorados jóvenes. Víctimas ambos de las supercherías de la *Bruja*, alentaban todavía un amor sin esperanza.

La salud de la sensible Enriqueta iba visiblemente desmejorándose de dia en dia. Hay enfermedades que no están bajo el dominio de la ciencia;

así es que la inteligencia y el celo del acreditado facultativo se estrellaban contra una hipocondría rebelde que avasallaba á la desventurada jóven. No sabiendo ya que hacerse declaró el médico terminantemente á los padres de la enferma, que el estado de la salud de su hija empezaba á manifestar síntomas alarmantes, que la calentura lenta que no la abandonaba un solo instante, iria consumiéndola poco á poco hasta degenerar en tisis, y entonces serian de todo punto inútiles cuantos esfuerzos se hicieran para salvar á la pobre niña. En tal apuro no habia que buscar remedio alguno en la medicina, pues teniendo aquella dolencia su origen en una profunda melancolía, solo un viaje de recreo podia surtir felices resultados.

Eran demasiado escasos los recursos del honrado pintor para seguir los consejos del facultativo. Sin embargo, no era cosa de mostrarse indiferente al peligro que su querida Enriqueta corria, y disponíase á vender á cualquier precio las magnificas pinturas de su coleccion para emprender el viaje, sacrificio penoso que le costaba lágrimas, y que solo para salvar á su hija hubiera consumado, cuando la buena Cecilia, acordándose de la décima que formaba toda su instruccion literaria, corrió á encontrar á su marido, rebotando esa alegría consoladora que nace siempre de la esperanza, y le dijo con inocente candidez:

—¡Albricias! Federico ¡albricias!

—¿Qué hay de nuevo?

—Enriqueta se ha salvado.

—¿Lo dices formalmente?

—Sí, amigo mio, he descubierto un remedio eficaz, que la pondrá muy buena en pocos dias.

—Tu buen deseo te alucina sin duda.

—¿Por qué dices eso?

—Porque para la enfermedad de Enriqueta no hay mas remedio que un largo viaje que le proporcione distracciones de tal naturaleza que le hagan olvidar su funesta pasion. Estoy resuelto á emprender este viaje, no solo porque así me lo aconseja el facultativo, sino porque creo yo tambien que no hay otro recurso para evitar una desgracia.

—¡Una desgracia!

—Sí, mi buena Cecilia, es menester que no te hagas ilusiones y que estés preparada para soportar con resignacion el golpe que nos amenaza.

—Federico.... tus palabras me asustan.... ¿Hay alguna novedad? ¿Qué te ha dicho hoy el médico?

—Me ha repetido lo de siempre, que urge sacar de Madrid á Enriqueta... llevarla á otro clima.....

—Eso es, á mudar aires. Los médicos dicen eso cuando no entienden las dolencias del enfermo.

—La enfermedad de Enriqueta se entiende sin tener grandes estudios; pero por desgracia solo puede curarla un milagro de la Providencia.

—Cabalmente es ese el remedio que me ha ocurrido.

—¿Ay Cecilia! ya pasó el tiempo de los milagros. Con todo, las esperanzas del médico son fundadas. Nada hay que proporcione mas distracciones que un viaje de recreo, pero es preciso viajar con toda suerte de comodidades por países amenos, y para esto se necesitan recursos pecuniarios que no tenemos nosotros. Si lograra yo vender mi coleccion de cuadros..... Son de mucho valor, porque son obras maestras, y las tengo muy bien conservadas..... Con que sacara una tercera ó cuarta parte de su precio, me haria rico.

—¿De veras? —repuso asombrada Cecilia.—¿Con que tanto bien de Dios encierra tu galería de pinturas?

—¿No te lo he dicho mil veces?

—Sí, pero no creia yo que fuera cosa de hacerte rico. Siendo así es un disparate no haberlas ya vendido.

—¿Y qué riquezas me proporcionarian los deliciosos ratos que experimento al contemplar esos prodigios del talento y de la destreza, que han servido siempre de modelo á mis pinceles, que han sido mi guia, que me han trazado la florida senda de la gloria..... que me han abierto el templo de la inmortalidad?

—Muy buena es la gloria, Federico.... muy honrosa es la inmortalidad; pero una gloria con privaciones, con escaseces y apuros, no es muy apetitosa que digamos.

—Ese lenguaje te hace muy poco favor, Cecilia.

—Yo digo siempre lo que siento, y así como una gloria con miseria se me figura mas bien infierno que gloria, esa inmortalidad que tantos afanes te cuesta, tampoco me parece muy merecedora de ellos.

—Porque eres una necia.

—Será así; pero á mí se me figura que es mayor necio el que se fatiga en pos de una inmortalidad que no le zafa de que le entierren el día menos pensado.

—Entonces precisamente es cuando ciñe el sábio una corona de laurel.

—Después de muerto Pascual...

—Calla, Cecilia, no digas mas sandeces.

—Pues tengo razon, los aplausos que no alcanza uno en vida, poco gusto podrán darle cuando esté en la tumba.

—Rara vez se hace justicia al talento del hombre mientras vive.

—¿Y por qué sucede eso?

—Porque el que descuella por su sabiduría, escita la envidia de sus émulos, y estos por no confesar que hay quien sabe mas que ellos, le denigran y vituperan en vez de tributarle alabanzas.

—¿De veras?

—Como que no ha existido un solo sábio en el mundo que no haya sido el blanco de emponzoñados tiros.

—Entonces ¿por qué te desvelas y afanas?

—Para dejar un nombre glorioso. Solo la posteridad hace justicia al talento.

—No hay duda que es envidiable un galardón tan á tiempo—esclamó irónicamente Cecilia.

—¡Qué tú hables así!

—¡Bah! lo que yo digo es que la mejor gloria y la mejor inmortalidad que hay en este mundo es ser acaudalado, y una vez que puedes serlo vendiendo los cuadros, manos á la obra, Federico. Vamos ya entrando en años y debemos procurar que á lo menos el último tercio de la vida lo pasemos con sosiego y comodidad, sin pensar en si mañana ó el otro ha de faltarte el trabajo y hemos de sufrir apuros para comer unos humildes garbanzos. Demasiado tiempo hemos sido pobres, Federico... Yo quiero ser rica, ya lo sabes, quiero ser rica, toda vez que los pobres son despreciados de todo el mundo. A buen seguro que si nos hubiéramos hallado en una posición brillante, no hubiera hecho mofa de nuestra pobreza el señor duque de la Azucena, y acaso Enriqueta disfrutaria de la mejor salud. El oro todo lo allana, amigo mio; déjate de aprensiones, y supuesto que hemos de vivir en el mundo, ajústemonos á los usos y costumbres de las gentes con quienes hemos de tratar,

procurando que nadie se ría de nosotros y que dure la dicha hasta que sue-
ne nuestra última hora.

—El oro todo lo allana, esa es la máxima de los que empiezan por de-
sear una modesta fortuna para ser felices, y cuando la poseen aspiran á ma-
yores riquezas, y luego ambicionan tesoros inmensos, y la fiebre del oro se
apodera de ellos, y viven en una ansiedad continua que les consume, y ese
mismo oro que, como tú, creían ellos que iba hacerles dichosos, les hace
desgraciados aun cuando vean sucesivamente satisfecha su codicia; pero
cuando el infortunio se opone á su avidez, entonces, Cecilia, todo lo atropel-
lan para saciar la ardiente sed que les devora. Es ya una necesidad en ellos
el adquirir oro á toda costa... á toda costa ¿lo entiendes? y si los medios hon-
rados son infructuosos, se lanzan á la infamia, al dolo, á la apostasía, á la
prostitucion, al robo, al asesinato.

—Todo eso está muy bien hablado, y para padre capuchino eres de mol-
de.... harías un buen predicador; pero nosotros que hemos pasado tantos
años con el producto de tus obras, nos resignaremos fácilmente á no ambi-
cionar mayor fortuna que la que nos proporcione la venta de los cuadros. Yo
no trato de que hagamos un papel brillante en Madrid, si bien es verdad que
no me disgustaría ir en carretela y tener palco en algun teatro; pero... nada
de eso, Federico..... Lo que yo quiero es que tú no te fatigues, que los dos
pasemos en lo sucesivo una vida tranquila, y que podamos señalar una bue-
na dote á Enriqueta para que encuentre un marido digno de su belleza y de
sus virtudes.... y que nadie vuelva á hacer mofa de nuestra pobreza. Ya lo
ves, aunque no sea mas que para mejorar la suerte de Enriqueta, es preciso
que vendas cuanto antes tus cuadros.

—Demasiado lo sé, y con ese objeto estoy decidido á desprenderme de
ellos. Muchas lágrimas ha de costarme este sacrificio; pero la idea de que
voy con él á salvar á Enriqueta mitigará el dolor que ha de causarme el des-
pojo de unas joyas que han hecho las delicias de mi vida.... y bendeciré to-
dos los dias mi resolucion, si por ella recobra Enriqueta la salud. Solo una
idea llena de angustia mi corazon.

—No parece sino que tambien adolezcas tú de la enfermedad de la po-
bre niña.... te veo hoy tan desesperado....

—Si por desgracia, después de haber vendido yo mi coleccion de pintu-
ras para efectuar el viaje, no produce resultados satisfactorios....

—¿Todavía estás empeñado en llevar á cima ese viaje?

—Es la única esperanza que tengo de evitar la muerte de Enriqueta.

—¡La muerte! — exclamó asustada Cecilia.

—Sí, querida — dijo con emocion el honrado Federico — la enfermedad de esa pobre criatura hace rápidos progresos.

—Pues esos progresos — repuso llena de convicción Cecilia — han terminado ya.

—¡Cómo!

—¿No te he dicho que he descubierto un remedio infalible?

—¿De veras? — preguntó lleno de gozo el pintor.

—Ya no hay necesidad de que malvendas ninguno de tus cuadros. Es preciso venderlos por todo su valor.

—Esa noticia es demasiado satisfactoria para que sea cierta.

—¡Siempre desconfiado! ¡Siempre incrédulo!

—Milagro será que no me salgas con alguna inocentada.

—¡Mira tú si es conveniente aprender las cosas buenas de memoria!

—¿Qué remedio es ese?

—El agua de la fuente de San Isidro.

—¿No lo dije? — exclamó el artista con aflicción. — ¡Qué ocurrencia! Venir á lisonjear mi esperanza para salir luego con esa ridiculez!

—¡Ridiculez! ¿Estás en tu juicio?

—¡Bah! déjame en paz.

—No quiero dejarte, es preciso que vayas sin dilacion á ver de alquilar una casita en San Isidro. He pensado que podemos pasar allí algunos dias. Tambien dice el médico que la niña debe salir de Madrid sin dilacion.

—Eso es lo que yo deseo; pero el viaje ha de ser largo.... Si vendo mis pinturas no hemos de parar hasta Roma. Es imposible que en aquel delicioso país no recobre Enriqueta su salud.

—Pues yo te digo que antes la recobrará en San Isidro.

—¿Es posible, Cecilia, que digas tales sandeces?

—No son sandeces, Federico, no son sandeces. Créeme, el agua de la fuente de San Isidro hace milagros.

—¿Quién te ha metido eso en la cabeza?

—El mismo santo. No tienes mas que leer la piedra de la fuente para convencerte de lo milagrosa que es aquella agua.... sobre todo para curar

la calentura. Hay una décima que concluye así:

Pues San Isidro asegura
Que si con fé la bebieses
Y calentura trujeres,
Volverás sin calentura.

Rióse el pintor de la candidez de su esposa, y no queriendo disgustarla le dijo:

—Me allano á tus deseos, hoy mismo alquilaré una casita en San Isidro y mañana nos trasladaremos á ella.

—¡ Gracias á Dios que te pones una vez en la razon!

— Ya sabes que estoy siempre dispuesto á darte gusto, y aunque no soy muy aficionado á milagros, no me parece que pueda perjudicar á Enriqueta el pasar algun tiempo en el campo; antes juzgo que le será provechoso. Entretanto no descuidaré yo mis diligencias para ver si logro enagenar los cuadros.

Hacia algunos dias que á consecuencia de este coloquio, Enriqueta, sus padres y una criada vivian en una casita de San Isidro, sin que á pesar de la milagrosa fuente notára la infortunada niña el menor alivio en su salud. Con todo, la esperanza de Cecilia era cada vez mas lisonjera, y no dejaba de tener algun fundamento. Habia observado que todas las noches ansiaba Enriqueta que llegára el amanecer para salir de casa con su madre á los primeros albores. Dirigíanse á la ermita y allí le hacia su madre el chocolate y bebia Enriqueta su primer vaso de agua con la avidez que suelen beber los calenturientos. Luego corria y se perdía entre los árboles.

Todos los dias repetia Enriqueta esto mismo, y solo en aquel momento desaparecia del todo la tristeza que velaba sus facciones. Apenas acababa de beber, con la sonrisa en los lábios desaparecia como una centella.

Cecilia por no interrumpir el júbilo que creia notar en su hija, dejábala sola, y aguardaba su vuelta orando en lo interior del templo ante la imágen de San Isidro, para que se dignára conceder á la pobre niña su salud.

Aquel momentáneo destello de alegría, en Enriqueta, era muy natural. La enamorada jóven solazaba su amargura profundizando su herida. Su amor era sincero como el de las pastorcillas que tanto la habian conmovido cuando leía las poesías de Melendez, y candorosa como ellas, no tenia rato mas deli-

cioso que aquel en que se ocupaba en escribir el nombre de Eduardo sobre las cortezas de los árboles.

¡Inocente criatura! Su corazón sin hiel era tierno como el de una paloma. No conocía la doblez ni la ingratitud.... ardía en un amor vehemente, puro, y sin embargo, mientras ella consagraba todos los instantes del día y de la noche á los recuerdos de su amante, fascinado este, solo pensaba en el solemne desagravio que había de reparar el ultraje recibido.

La carta de Enriqueta, aquella carta insolente escrita en un acceso de frenéticos celos, en un instante de enagenación mental, del cual ni siquiera conservó un leve recuerdo la desgraciada jóven, después del angustioso desmayo en que la *Bruja* había dejado sumergida, aquel papel funesto que encerraba un terrible desengaño para el generoso duquecito, era un estímulo enérgico para que este pundonoroso jóven se dejara alucinar por la diabólica elocuencia de Inés, á quien miraba con singular respeto; y esta mujer incomprendible, que haciendo alarde del amor que profesaba á los desdichados amantes, parecía complacerse en acibarar su existencia, llegó á convencer á don Eduardo que no tenía mas medio de lavar el insulto hecho á su buena fé por una jóven de bajo nacimiento, que casarse con la hija de la marquesa de Verde-Rama. Solo así vengaba dignamente, segun el parecer de la *Bruja*, el desprecio de Enriqueta, pues de otro modo era mengua que la autora de la insolente carta se creyera triunfante.

Los argumentos de la *Bruja*, espuestos con fascinadora lógica, parecían incuestionables. *Además, los amantes suelen ser crédulos en demasia, y no siempre tienen la prudencia necesaria para conocer el idioma del engaño y de la traicion.* Aunque el duquecito era demasiado benéfico y generoso para concebir ideas de ruin venganza, sentíase tan lastimado en su amor propio, que no podía escuchar con indiferencia las poderosas razones que la *Bruja* alegaba. Cierto es que aun amaba á Enriqueta, y su estraña conducta habíale desgarrado el alma; pero como su amor era hijo, no solo de la belleza física de aquella jóven, sino de las candorosas virtudes de que la había creído dotada, tan pronto como recibió el cruel desengaño que de la atrevida manifestación de Enriqueta se desprendía, menguó naturalmente su pasión, y solo por un exceso de bondad la amaba todavía, si bien no con el mismo ardor, porque no podía menos de conocer cuán indigna era del menor afecto una jóven hipócrita, que después de haber aparentado tanto candor é inocen-

cia, tanta bondad, tanto amor, holgábase en declarar á su amante *el mas soberano desprecio*.

— Era indispensable olvidarla del todo. Sobrábale razón á la Bruja en el concepto de don Eduardo, y resolvióse á seguir sus consejos, no sin haber luchado cruelmente contra los impulsos de su corazón. Mil veces sintióse inclinado á desistir de la idea de casarse con la marquesita; pero repetía la lectura de la fatal carta de Enriqueta y recobraba todo su aliento. Además, su enlace con Elisa colmaba los deseos de un padre amoroso que acababa de darle un adorable ejemplo de generosidad. ¿Qué hacer para mostrarse agradecido á semejante rasgo de nobleza? No le quedaba á don Eduardo mas remedio que casarse con la marquesita. Todo se lo aconsejaba así, y el pundonoroso jóven no supo resistir al cúmulo de circunstancias que le impelían á celebrar un casamiento, que era para él, á pesar de todo, un insoportable sacrificio.

Reflexionando un dia sobre este asunto, habia proferido estas siniestras y espantosas palabras:

— Es un sacrificio... lo sé; mas lo exige mi honor vilipendiado... lo exige la felicidad de mi padre. Pero casarme sin amor... ¡amor!... ¡ah!... *no mas, no mas amor.... Las mujeres deben ser todas engañadoras* habiéndolo sido Enriqueta... Dios me dará fortaleza para fingir lo que no siento. Iré á los altares aparentando júbilo... rodeado de magnífica pompa... Recibiré mil felicitaciones con la sonrisa en los labios... y bullirá la amargura en mi corazón. Y mientras me creerán todos feliz.... mientras envidiarán acaso mi muerte... estaré yo pensando en el medio de terminar mis infortunios. Sí... después de haber obedecido á mi padre... cuando los dos casamientos se hayan verificado... mi padre tendrá ya una esposa que le cuidará con esmero... Yo... yo estaré de mas en el mundo... yo iré en busca de mi madre... ¡Un crimen!... No... no siempre es un crimen el suicidio... Pero el escándalo... ¡Qué miserable soy! ¿Tan difícil es hallar un medio que haga parecer mi muerte casual? ¿No puede uno caerse de una elevacion? ¿No es fácil que se desboque un caballo y arroje al jinete á un precipicio? ¿No se ha disparado mil veces el arma de un cazador estando en alegre conversacion con sus amigos? De este modo será mi muerte una desgracia... una desgracia que tal vez arrancará alguna lágrima; pero se olvidará en breve, y... quedarán todos felices.

